

Luis Rius y la poesía

Paciencia Ontañón

La imagen de Luis Rius está perennemente relacionada con la poesía. Independientemente de que él fuera poeta, existe en toda su trayectoria algo muy íntimo, difícil de definir, algo intrínsecamente poético, arduo o imposible de explicar con palabras, pero que lo liga estrechamente con la poesía, en su significado más amplio. Tal vez su sentido poético de la vida, Tal vez su posibilidad de comunicación con la poesía de otros. Tal vez algo inexplicable que emanaba directamente de él.

Lector incansable, profundo, comprensivo de los grandes poetas, los conocía a la perfección, los sentía en su esencia, recitaba sus poemas de tal manera que parecía recrearlos, expresarlos como sólo hubiera podido hacerlo con los suyos propios.

Un recuerdo imborrable para mí es un curso que impartía entre las materias de doctorado, en el que yo era alumna. No recuerdo exactamente el nombre de la materia. ¿Literatura española moderna? ¿Poesía española? ¿Tal vez algo más concreto? Evoco al maestro, al amigo, precisamente, leyendo a Antonio Machado. No recuerdo más del curso. Era un salón grande, probablemente del tercer piso, lleno de alumnos. El profesor leía. Miraba por la ventana. Hacía un silencio. Nadie en el grupo se movía, nadie respiraba apenas. Volvía a leer. Fumaba (entonces no estaba prohibido fumar). Un silencio, de nuevo, en el que el embelesado grupo parecía oír por vez primera a Antonio Machado, parecíamos sentirlo de nuevo, como si nunca lo hubiéramos conocido, lo mismo que si escucháramos una lectura jamás oída antes.

Es tal vez por ello por lo que, cada vez que leo a Antonio Machado o cada vez que leo a Luis Rius no puedo menos que relacionarlos estrechamente. ¿Es sólo ésta la causa? A fuerza de pensar en ello creo que no, que sin duda hay puntos de contacto entre los dos poetas. Posiblemente Luis Rius no pudo salvarse de la influencia de Machado, un poeta tan querido, por sí mismo como por su poesía, tan definitivo para todos los poetas posteriores. Además, curiosamente, encuentro algunas coincidencias vitales entre los dos. ¿Cuáles serían? Si acercamos sus villas podríamos ver ciertos puntos de contacto entre las historias de ambos. Los dos mueren al comienzo de un año: Luis en enero, Machado en febrero; los dos dejan España para siempre a causa de la guerra civil. Los dos viven desde niños en contacto con la poesía. Ambos fueron hijos de padres interesados seriamente en ella, tanto el de Machado,

con sus recopilaciones del folclor tradicional, como el de Rius, también con inquietudes por la poesía popular y autor él mismo de romances que se publicaron en un hermoso volumen. El hecho es que los dos vivieron desde niños en un ambiente impregnado por los tonos poéticos.

Antonio Machado fue uno de los escritores noventayochistas que estudió en la Institución Libre de Enseñanza, donde respiró nuevos aires de tolerancia, de libertad, de apertura a nuevas ideas. Luis Rius se educó en las escuelas que fundaron en México los refugiados españoles, los que habían sido —a su vez— discípulos o maestros de la Institución Libre de Enseñanza y propagaron aquí los nuevos ideales pedagógicos, posiblemente con mucho más entusiasmo y libertad de lo que se hizo posteriormente en España.

170 El primer libro de Antonio Machado se llama *Soledades*; el primero de Luis Rius, *Canciones de ausencia*, donde el tema principal es la soledad. Un estudio mucho más profundo de sus poemas llevaría seguramente a hallazgos comunes de gran importancia. Mis palabras son impresionistas; sólo un producto de la evocación de ambos poetas, más bien un recuerdo de cómo le gustaba a Luis Rius la poesía de Machado, cómo la sentía y con qué placer la recitaba.

Pero en esta visión rápida de la poesía de Luis Rius no puedo menos que señalar ciertos elementos que los dos poetas emplean con frecuencia, sobre todo en sus primeros libros, y cuyo simbolismo expresan de una manera semejante. No es necesario insistir en la importancia que el *camino* tiene en la poesía de Machado: ya en su primer libro “soñaba caminos”: “Yo voy soñando caminos / de la tarde”.

Y su segundo libro, titulado, precisamente, *Del camino*, no es sino un canto a este símbolo de la vida: “Sobre la tierra amarga / caminos tiene el sueño / laberínticos, sendas tortuosas”.

Como en la poesía tradicional, el camino es la metáfora que simboliza la vida, el de los días hacia el final de ella. En la poesía de Luis Rius, sobre todo en *Canciones de ausencia*, el símbolo aparece también con frecuencia. En él ya no son los caminos de Castilla: retoma más el sentido tradicional y los relaciona intensamente con el significado del transcurrir de la vida: “En el largo camino / que a nuestro pecho / desconsuela y cansa” (p. 15).

Aunque, a veces, con una alusión más clara a Machado, se refiere a “hacer el camino”, frase a la que da distintos significados: uno bien puede ser el camino de los amantes, la larga senda del amor que se extiende hacia adelante sin que su fin sea previsible: “Espacio iremos, amante / que a hacer el camino vamos” (p. 26).

Frase poética que se desarrolla a lo largo del poema, con variantes que acentúan el tono erótico: “Amante, a la aurora iremos / a hacer camino, despacio”, y con variantes, de tipo popular: “A la aurora, amante, iremos / a hacer camino, despacio”.

Pero los caminos de Rius no son siempre los caminos del amor. En su poesía aparecen otros, duros y difíciles de recorrer. Sobre todo, ciertos caminos humanos, donde se roza el tema de lo social. Así se refiere al camino del labrador: duro, seco y difícil. Un camino que se recorre solamente en medio del sueño, con el cual se identifica el poeta, y siente con él el efluvio de la tierra abrasada por el sol. A través de él se puede percibir el acercamiento humano hacia el sol que sufre, al que el poeta comprende y cuyo destino desearía modificar o, por lo menos, compartir:

Cielo y tierra; sueño y tierra;
seco camino, temblor
en el alma; polvo y fuego:
¡la llanura y la pasión!
Lento el andar, lento, lento,
¡yo contigo, labrador!

171

Luis Rius concede al camino, lo mismo que los clásicos y lo mismo que Machado, valor simbólico de vida, con lo cual no hace sino retomar una metáfora tradicional, una metáfora que se había dado ya en la poesía española de todas las épocas. Camino o río, una vía hacia el mar, que es el morir. De ahí que en tantos poemas de nuestro escritor esté tan presente la presencia de la muerte. Y llama poderosamente la atención que desde las primeras obras, escritas todavía en una etapa muy temprana, en plena juventud esta presencia sea tan persistente. Identificado con el caminante, que se dirige hacia el fin de su sendero, el poeta presiente el final de ambos: la dura tierra, como metáfora final: “Rota mi voz, mi sangre congelada. / Caminante, cumplida la jornada / la dura tierra cubrirá mi frente” (p. 35).

La muerte concebida con muy diferentes significados: como descanso, sí, pero también como deseo e incluso como tentación, como una fuerza poderosa que reclama la presencia del poeta:

Y este anhelo infinito; y esta muerte
que en el corazón llama
como una amante tímida;
esta vida que fluye tan lejana (p. 16).

Esta equivalencia de la muerte con una amante se repite en varios poemas; ello explicaría su misterioso atractivo, su reclamo irresistible:

A quién mi alma sino a ti, anhelante,
el duelo de su canto le dará,
si tú eres mi canción: eterna amante
sólo tú, verdadera, muerte mía.

Muerte-mar, de nuevo una simbolización antigua, tradicional. El mar, la mar, como fin de los ríos, de los caminos de la vida. Luis Rius no la concibe con temor sino, por el contrario, con un sentimiento de dulzura, como un fin deleitable, un remanso, para la “agria vida”: “Me esperas: mar inmensa / de plenitud tus aguas encendidas” (p. 5).

Pero el mar no espera pasivamente: su voz es reclamo, es llamada persistente. No es una voz temible, sino dulce y atractiva; como una sirena seductora que no permite el rechazo. Tiene “la clara mansedumbre de las aguas”. La tierra, el polvo, podrían identificarse con la suciedad: el mar posee la virtud de “limpiar” una limpieza que equivale al olvido, a la sensación de dejar atrás todo lo terreno:

172

Aún oigo que me llamas
—voz de la mar— y al corazón no olvidas,
sucio de tierra y muerte,
errante de esperanza y de fatiga (p. 6).

La muerte y el sueño aparecen también conjuntamente en algunos poemas de Luis Rius. De nuevo aquí su poesía sigue caminos tradicionales y se pone en contacto con los clásicos (recordemos la “imagen espantosa de la muerte” quevediana). El sueño es el espejo del silencio: es el morir:

Se ha dormido el corazón
sólo el silencio

La tarde lo ha desnudado
al fin, de ese manto espeso
de palabras que oprimían
asfixiantes al misterio.
Y el corazón se ha quedado
muy dulce —libre ya el vuelo
de su delirio— dormido
en su sueño entero, eterno (Poema IX, p. 22).

La presencia de la muerte es una constante en la poesía de Rius. En las *Canciones de amor y sombra*, una obra todavía de juventud, la idea se repite constantemente, como un *ritornello*, como una obsesión de la que nunca se separa. El estribillo “cuando yo muera”, parece repetirse incansablemente, sin fin. La muerte del poeta la experimenta subjetivamente: significa para él la terminación de todo, del mundo:

La vida en la tierra se detendrá, la existencia de las cosas habrá llegado a su fin:

Cuando yo muera, todo
será silencio, viento, ausencia (p. 23).

* * *

Luis Rius llega a México siendo todavía un niño muy pequeño. Un nuevo mundo debió de abrirse ante él, mucho más atractivo, sin duda, que el de la España de entonces, envuelta en guerra, destrucción y crueldades. Existe, sin embargo, en sus primeros poemas, una extraña sensación de nostalgia, de desarraigo, de ausencia, que él mismo define:

Corazón desarraigado,
sol a la tarde nacido
para correr horizontes
largos de ausencia y olvido. (p. 7).

173

El verso “sol a la tarde nacido” resulta especialmente desolador: es un sol nacido demasiado tarde, que ha perdido más de la mitad de su existencia. Demasiado tarde para gozar de la plenitud del día. Los horizontes “largos de ausencia” evocan sentimientos semejantes: pérdida, soledad, nostalgia.

En el mismo sentido se desarrollan otras sensaciones dolorosas: el presente no puede vivirse, porque el ser está para siempre anclado en el pasado, anclaje tan fuerte que impide cualquier movimiento hacia adelante: “El hoy es siempre ayer / y el ayer es eterno (p. 29).

Un poema de las *Canciones de ausencia* se titula “Destierro”. Uno más, de las *Canciones de amor y sombra* recibe el mismo nombre. Los dos parecen igual de desolados. El primero se inicia con una obvia alusión a la “tierra alta”. Después se introduce el estribillo, que parece reproducir un dolor interno, íntimo, no expresado abiertamente:

Contigo, compañero,
en esta tierra alta,
al alivio rosado
de la aurora, descansa

Y a continuación, el estribillo:

Era el llanto callado
y era diáfana el alba

Aunque la “tierra alta” parece producir un “alivio rosado”, produce la impresión de que el pensamiento se queda detenido en las tierras que quedaron

atrás, “tierras fuertes, corridas / de raíces amargas”: “Miraremos las tierras / que allá quedan lejanas”.

Puede percibirse, además, un sentimiento de vacío, ante la certidumbre del desarraigo. Nadie espera en las tierras añoradas, nadie reclama la presencia de los ausentes:

Espera aquí conmigo.
Ya nadie nos aguarda.
Que tus ojos se llenen
de tiempo y de distancia.

174 La patria perdida está realmente perdida. Se ha quedado ya sólo en el alma, en el mundo imaginario de las fantasías:

Compañero, allá lejos,
desde esta tierra alta
—corazón lueño y muerto—
¡Son los campos de España!

Podría explicarse, tal vez, como la nostalgia de algo nunca poseído: “Lentos horizontes de paz y de nostalgia” (p. 13) No se trata de recuerdos o evocaciones infantiles: parece más bien la idealización de un pasado que apenas existió y que, sin embargo, ha dejado señalados algunos derroteros vitales:

Vida inmortal que permanece dentro
de esa otra vida que discurre y pasa
más allá del silencio
más allá del dolor y la esperanza (p. 14)

Y, posteriormente, se va convirtiendo en un pasado que se aleja, hasta convertirse en historia; una historia, finalmente, perdida también:

Es un soplo de luz que viene oculto
como el misterio oculto de una fábula
antigua; ya perdida
la historia, y muertas las palabras (p. 14)

En el segundo poema, posterior, titulado de la misma forma, “Destierro”, las sensaciones de ausencia y de vacío interior parecen no haber cambiado. El poema está inspirado, probablemente, por la contemplación de un cuadro, como indica el epígrafe: “Recordando un óleo de Antonio Rodríguez Luna”. Sin embargo, el dolor no difiere mucho del experimentado años atrás:

La noche sin estrellas.
El silencio sin lágrimas.
Enorme y silenciosa,
por los parajes últimos, de España
en la oscura serpiente del destierro
que en la noche se arrastra (p. 72)

Y lo más desolador es la pregunta final que el poeta se hace: “Yo, aquí. ¿Yo aquí? ¿Por qué?” Pregunta sin respuesta. Preguntas que son frecuentes en la poesía de Luis Rius: “¿Adónde el sueño?”, “¿Quién a tu nido llegaría, desierto?”, “¿De qué jardín ignorado, / corazón, hurtaste el sueño?”, “¿Quién quiere mi voz, quién?”, “¿Cuánto tiempo pasó que no he sentido?”, “¿En qué sueño te perdí?”, “¿A quién le hablaba?”

175

Preguntas que no esperan ninguna respuesta. Preguntas que, inmediatamente, nos remiten a Becquer. Él, de la misma manera que Luis Rius haría posteriormente, se interrogaba a sí mismo, pero también al mundo, a la naturaleza, a las flores. A todos los elementos, que guardarían silencio. Porque ambos sabían que sus preguntas no iban a ser respondidas. Nadie podría contestarlas.